

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

NAVEGAR

Navegar es para mí una preciosa metáfora del espíritu humano. Les advierto que mi idea de espíritu es muy humilde. No se trata de una tesis metafísica acerca de lo inmaterial. No llego a tanto. Lo defino como la capacidad de la inteligencia humana para crear mundos ideales, proyectos que intentan superar nuestra limitación. ¿Recuerdan al barón de Münchhausen? Cuentan que en una ocasión cayó con su caballo en un pantano, del que pudo sacarse tirándose hacia arriba de

los pelos. Ese salvífico tirón es el espíritu. Se trata de saber bailar sobre los propios hombros, decía Nietzsche. Cayo Julio Lacer, el constructor del puente de Alcántara, grabó en él una inscripción, donde definía la arquitectura como “ars ubi materia vincitur ipsa sua”. Arte mediante el cual la materia se vence a sí misma. Podría ser una buena definición de lo que entiendo por espíritu. Esta victoria está presente en todas las creaciones de la inteligencia humana. Entre ellas, navegar. Lo propio del ser humano es andar. Cuando apareció nuestra especie, en los amplios espacios de Tanzania, surgió una especie incansable. Se puso en movimiento y todavía no ha parado. Puedo imaginar un momento transcendental en ese gigantesco viaje. Nuestros antepasados llegaron a la orilla del mar. Aunque todo les recomendaba pararse o volver atrás, decidieron seguir. ¡Qué arrojo! Es admirable esta descomunal insensatez.

Convirtieron lo que era un límite terrible en una oportunidad. Inventaron la navegación y así el mar, que separaba las tierras, se convirtió en lazo de unión, en vivero infinito de caminos. Tuvieron que vencer miedos abismales, y crear un modo nuevo de estar en el mundo. Los habitantes de la isla Puluwat, en el océano Pacífico, navegan guiándose por el lugar donde las estrellas aparecen en el horizonte, entre cada par de islas. Por ejemplo, el curso hacia el este es indicado por la posición donde aparece la estrella Altair, que ellos llaman “el pájaro grande”. (Por ello, Thomas Gladwin, que estudió este modo de navegar, tituló su delicioso libro *El este es un gran pájaro*.)

Navegar es aprovechar en favor nuestras fuerzas que no podemos cambiar. Para un velero no hay nada más opuesto a su rumbo que tener el viento en contra. Por eso, navegar a barlovento, plan-

tando cara al aire, es una gran astucia de la razón: aprovechar la fuerza dando bordadas, en zig zag. El buen timonel sabe navegar contra el viento sirviéndose del empujón del viento al que ha confundido previamente entre las velas. El viento extraviado sale por donde puede, que es por donde el navegante quiere. Sólo hay que ver el complejo velamen de los gran-

EL ARTE DE LA NAVEGACIÓN CONSISTE EN UTILIZAR A NUESTRO FAVOR FUERZAS QUE NO PODEMOS CAMBIAR

des veleros para comprobar que es un laberinto para engañar al aire. Pero, además de su pericia, hay algo que el timonel debe tener: un rumbo. Sólo así puede aprovechar los elementos, porque, como dice el refrán marino: “No hay buen viento para quien no sabe dónde va”. A veces, el envite de las olas es demasiado fuerte, pero entonces se oye también la voz del marino. “El buen piloto aun con la vela rota y desarmado y todo, repara las reliquias de su nave para seguir su ruta”. Lo dijo Séneca, que humildemente también dijo: “Náufrago fui, antes que navegante”. Porque, de nuevo vuelvo al espíritu, nacemos náufragos y, mientras braceamos, tenemos que auparnos al barco que nos proporcionan los demás, y sobre la marcha aprender a navegar. ■



Raúl